

## *Productivización literaria de la identidad territorial por medios alegóricos<sup>1</sup>*

**Gabriel Saldías Rossel**  
Pontificia Universidad Católica de Chile

---

### ABSTRACT

---

The aim of this paper is to investigate the mechanisms of literary productization of territorial identity by allegorical means. This implicates a detailed analysis on the relationship between literature and market as well as the one between collective psychology and the ways it is exploited by perpetuating trauma with the final goal of generating a static product of an “other” identity by using an external canon as guidance.

**Keywords:** Identity, territorial, productization, trauma, market.

El objetivo del presente estudio es el de investigar los mecanismos de productivización literarios de la identidad territorial por medios alegóricos. Esto implica un análisis detallado sobre la relación entre la literatura y el mercado así como sobre la psicología colectiva y la forma en que esta es explotada por medio de la perpetuación del trauma con la finalidad de generar un producto estático en el tiempo de una identidad “otra” a partir de la guía de un cánón externo.

**Palabras claves:** Identidad, territorial, productivización, trauma, mercado.

---

---

<sup>1</sup>Originalmente presentado en formato ponencia bajo el título “Los otros que nos poseen: productivización de la literatura latinoamericana desde la alegoría” durante el 30° Congreso Extraordinario Aniversario SOCHEL el 4 de Noviembre del 2009 llevado a cabo en la Universidad Austral de Chile, Valdivia.

La pregunta por “quiénes somos” debe ser replanteada hoy por “quienes creemos que somos”. El discurso sociopolítico ha penetrado hondamente en las esferas de la descripción identitaria, marcando y determinando a la vez la imposibilidad de detectar una identidad pura, esencialista. Todo lo contrario. Hace bastante tiempo ya que la psicología determinó, y la literatura admitió, que la identidad nunca *es*, sino que está permanentemente en estado de construcción y destrucción. Lo que para nuestros antepasados era, para nosotros no son más que nociones de lo que se solía creer como cierto.

Este parámetro de construcción identitaria es igualmente aplicable tanto para el individuo como para el colectivo. La creación de imaginarios culturales responde a varios factores que a su vez están determinados por las épocas, los acontecimientos y las necesidades, deseos o sueños de un determinado país o continente. Mitad ficción, mitad realidad, la identidad territorial constantemente varía y se reconstruye a medida que las nuevas generaciones olvidan o deciden olvidar para construirse, una vez más, como seres “nuevos”. El sueño de la tierra ignota e impoluta, en últimos términos, “original”, es lo que motiva a autodefiniciones que toman del pasado lo que les acomoda y lo reajustan a los nuevos cánones discursivos y culturales del momento. Como reza la célebre frase, “las utopías han muerto”.

El papel que juega la literatura en este ámbito es tan autónomo como referencial. Por un lado, efectivamente existe la conciencia de “arte”, de creaciones culturales que se mueven en una esfera diferenciada a la de los demás procesos progresivos de la sociedad, pero por otra parte, y esto cada vez más a partir de los años ‘60, la literatura ha reconocido su influencia y co-dependencia con los demás procesos de construcción identitaria que conforman ideas de nación o territorio. De esta forma, la literatura se hace también responsable de la construcción de imaginarios múltiples y a la vez representativos de la realidad en la que está inserta, es decir, se integra al caudal psíquico de la identidad colectiva.

Como vehículo discursivo la literatura forma también parte del mercado. Proponiendo o revitalizando ideas e ideales, la identidad literaria entra en el plano difuso de la definición. ¿Qué literatura es más o menos representativa del carácter identitario territorial? ¿Quién puede definir los caracteres de relevancia de tal o cual literatura? ¿En base a qué se establecen estos caracteres? Se trata, efectivamente, de la doble faz del mercado: mercado de los valores, de los productos y mercado de las subjetividades.

La productivización de la literatura tiene que ver con este último aspecto: otorgar categorías de producto a nociones elementales de la identidad. Se trata de expandir el grado de influencia cultural del arte, mezclándolo con la vida social, la política y la económica. En términos psicológicos, se trataría de una socialización de la literatura, de llevarla a un grado de interacción con el resto de las actividades humanas de tal forma que se vuelva relevante más allá de su esfera tradicional, siguiendo la conocida denominación de Bourdieu. Evidentemente esto no es nada nuevo; se trata de una reformulación de los estudios culturales que vieron la luz a mediados de los 60 y que ahora se establecen como un parangón de estudio más que considerable.

Lo que se pretende en el presente estudio es intentar una aproximación a la realidad de la productivización literaria a partir de la noción determinante y particular del “trauma psicosocial” frente al “duelo”. Evidentemente esto nos pone frente a una doble discursividad en la medida en que el discurso

identitario en literatura se entreteje entramado no solo en base a la psicología de los pueblos o comunidades en que se gesta, sino también bajo los influjos menos descriptibles o más difusos de los discursos de poder.

Será la intención de este artículo, entonces, mostrar y poner en evidencia las dos facetas de la identidad territorial literaria (psicológica y de producto, o subjetiva y de mercado) tomando como ejemplo práctico el recurso de la alegoría y la lectura crítica-alegórica frente a los procesos dolorosos y traumáticos que determinan la construcción de una identidad territorial particularmente dañada y aprovechada como es la “tercermundista” o Latinoamericana.

## Duelo y trauma

Antes si quiera de adentrarse en la formulación teórica frente a la problemática de la identidad y el determinismo identitario territorial, es necesario sentar las bases diferenciales de dos conceptos completamente trascendentales para cualquier estudio que intente una aproximación hacia la constitución de la identidad, sea individual o colectiva: duelo y trauma.

Los dos conceptos enunciados hacen referencia a una circunstancia vital compartida por todos los seres humanos: la pérdida. Para la identidad territorial Latinoamericana, y también “tercermundista”, la pérdida es un constituyente central, sino quizás el más importante y determinante de las últimas tres generaciones, o incluso más si es que extendemos el fenómeno hasta la conquista. Esta elección, que a primera vista puede parecer extremadamente antojadiza tiene, de hecho, su fundamento en raíces teóricas analíticas que no pertenecen al susodicho “Tercer Mundo”. Como se verá más adelante, las formas de determinar y productivizar el dolor ajeno a través de la alegoría son múltiples y ni si quiera es necesario que el crítico y el criticado pertenezcan a la misma comunidad identitaria.

Volviendo a los procesos de afrontamiento de la pérdida, el duelo es considerado como un procedimiento psíquico natural, medianamente conciente por parte del individuo, de acuerdo al cual lo que se pretende es una superación de “lo” perdido a partir de una separación armónica entre el sujeto y el “objeto”. La noción de “trauma”, por el contrario, perpetúa no el procedimiento prospectivo de superación, sino, más bien, la mantención de la génesis del malestar. De manera progresiva podremos notar como este último elemento, el “trauma”, es muchas veces el vehículo psicológico utilizado por la productivización alegórica para potenciar o intentar dictar una determinada identidad territorial de manera estática en el tiempo.

Es necesario, sin embargo, comprender también que el trauma es una realidad intensamente subjetiva que, por lo tanto, solo puede procesarse de forma adecuada dependiendo de las causales directas que el influjo traumático ha tenido sobre el sujeto y/o su contexto, tiempo y circunstancias. De tal manera, no existe un real “diagnóstico” que pueda ser elaborado de forma coherente para toda la literatura latinoamericana, quizás ni si quiera para casos nacionales. Tal es el nivel de fuerzas energéticas inconscientes que se ponen en juego cuando la identidad territorial se encuentra resquebrajada por un proceso de cambio abrupto y violento.

Cuando nos referimos a un trauma de escala mayor, que no contempla solo al sujeto sino a una comunidad, país o territorio, estamos hablando de un

“trauma psicosocial”, tal como lo describe Beatriz Brinkmann utilizando el concepto acuñado por Martín-Barró: “Es un trauma que, por su naturaleza, se alimenta y mantiene en la relación individuo-sociedad. En esta perspectiva psicosocial y dinámica – que compartimos – el ser humano es comprendido como producto de una historia peculiar que se concreta en las relaciones sociales de las que el individuo es parte activa y pasiva” (Brinkmann, 2006, p. 2).

Los advenimientos traumáticos más fácilmente reconocibles a escala mundial en torno a Latinoamérica, y desde prácticamente cualquier área de estudio, son los así llamados “procesos de dominación”, a los que más adelante se referirá de forma específica. Sin duda estos pueden ser calificados como los epítomes de traumas psicosociales alrededor del mundo ya que afectan a una comunidad en su totalidad de forma negativa y, a través de estos efectos, se perpetúan en la historia como elementos igualmente negativos de la narrativa de la conformación nacional. Bajo estos parámetros, la identidad territorial que la literatura rescata –o por la que se ve “poseída”- es en realidad una nueva forma de revivificar el trauma, es decir, de otorgarle corporeidad a lo que ya no lo posee pues forma parte del pasado.

El pasado se convierte entonces tanto en una bandera de lucha como en una ficción revivificada. El papel de la memoria parece alterarse de forma tal que ya no existe “una memoria”- por tanto se alteran las bases axiomáticas de la verdad-, dado que la versión oficial, obviamente en manos del agente dominador, no responde de forma coherente al trauma social que se ha gestado y crecido internamente en el seno de la comunidad afectada. Al respecto señala Margarita Iglesias, investigadora y psicóloga que trabaja particularmente el tema del trauma en relación con la memoria colectiva: “Es necesario que los imaginarios sociales se establezcan sobre procesos, no de “blanqueamientos” de la realidad pasada, sino de la toma de conciencia que permita interrogar al pasado para plantearse un futuro comprometido con la responsabilidad social mundial de los destinos de la humanidad y los seres humanos” (Iglesias, 2005: 173).

¿Qué significa precisamente “interrogar al pasado”? Tal como lo deja entrever Iglesias, la voluntad traumática es la de la restitución de lo que se debe, otorgar verdades, nuevas verdades, a procesos sociales que parecen estar encubiertos por la incertidumbre y la manipulación del poder. Sin embargo, ¿qué prospección se desprende de esto? En última instancia, aún con la verdad enunciada, aún con todos los reconocimientos políticos, económicos y todos los *mea culpa* posibles, ¿puede subsanarse el trauma solo a través del reconocimiento? Se trata de una posibilidad lejana, utópica y, lo que es peor, extrínseca. Plantea el problema de la superación exclusivamente a partir de mecanismos de control externos ya que en la medida en que los organismos responsables, que siempre son muchos e irreconocibles, reconozcan sus respectivas responsabilidades y reciban un merecido “castigo”, los sujetos afectados encontrarían una posibilidad de sanar las heridas.

El problema de la identidad entonces se enfrenta a un obstáculo mayúsculo ya que al no poner la responsabilidad sobre los sujetos afectados estos no son mas que entes semi-pasivos en su propia constitución; se vuelven cuerpos dóciles determinados por una historia “otra” que no les pertenece.

Una gran diferencia a esto se presenta al acaecer el proceso del duelo, en donde toda la actividad psíquica está volcada hacia la restitución personal de

los propios traumas individuales derivados de un trauma mayor, que sería el psicosocial. Es tanto de opinión de Brinkmann como de Madariaga, profesora universitaria la primera, psicólogo clínico el segundo, que el trauma psicosocial solo es posible subsanarlo mediante restituciones masivas y públicas, es decir, políticamente correctas, dado que tal es la génesis del problema en primer lugar.

El plano de la literatura como plataforma de identidad se encuentra justo en este intermedio de la disputa por el dolor. Como mecanismo amplificador de comunidades, carga ineludiblemente con la responsabilidad de ser representativa de su entorno frente al mundo. Sin embargo, la responsabilidad "restitutiva" de la literatura, como especie de alegoría de ese proceso inacabado que plantea la hipótesis psicológica para la superación del trauma psicosocial, es solo aparente; en realidad, las voces literarias de denuncia se suman, como un complemento más, a las múltiples voces traumatizadas por los procesos de dominación. No existe restitución en la memoria del pasado, en la revivificación del trauma.

El problema entonces radica en que la literatura, al volverse parte del caudal traumático, no solo otorga voz y cabida a los procesos estancados y pasivos, sino que los mantiene en su *status quo*, inalterados y pétreos. Bajo este prisma, ningún proceso de duelo puede llevarse a cabo, dado que mientras se intente mediante la ficción establecer sanciones simbólicas, el trauma persistirá aún más vivo en la memoria colectiva de los individuos, pues se reafirma su inexorable calidad de "real" y de "existente", es decir, se reafirma el hecho de que es un elemento constante y determinante en la identidad de aquellos que por este proceso se vieron afectados.

Así pues, aunque la intención puede ser positiva, restauradora, "curadora" en última instancia, mientras el trauma siga contemplándose como tal y no como una etapa del proceso identitario, difícilmente podrá llevarse a cabo el duelo, impidiendo así la evolución de la identidad, estancándola de forma permanente en un estatuto psicosocial patológico.

Una identidad territorial estancada es una identidad frágil, cimentada sobre discursos y no realidades, sobre ficciones y no historias verídicas. Bajo el influjo traumático, una identidad territorial puede ser fácilmente cristalizada en diversos fragmentos de su historia, todos ellos igualmente dolorosos y determinantes. Así pues, los "procesos de dominación" bien podrán extenderse en todas las direcciones, escribiendo una historia identitaria en base a dolores y fracasos que podrá ser contemplada por cualquier ojo objetivo como una parcela más de la realidad, especialmente de esa realidad "otra" que es desconocida para aquellos que no la sufren. Eso, es la productivización literaria de la identidad territorial.

### **Los otros que nos poseen: productivización y alegoría.**

Lo interesante del procedimiento de productivización es que la noción de identidad -individual y colectiva- ha penetrado definitivamente en la estructura del mercado global. De esta manera, la literatura se presenta como un campo abierto de batalla en el cual todos pueden participar y aventurar definiciones. Cuando esto se produce en el plano de la identidad, sin embargo, se corre el riesgo constante de cometer falacias argumentales que, o pretenden abarcar demasiado tiempo-espacio, o muy poco, generalizando o particularizando

elementos de la historia literaria o regional al punto tal de otorgarles relevancias ficticias o exclusivamente ligadas a un plano de aplicación sesgado, sea por el mercado o por la propia noción de identidad que se posee.

Un caso muy interesante lo plantea la lectura de Frederic Jameson en su artículo "Third World Literature in the Era of Multinational Capitalism". Allí, Jameson establece categóricamente la división del mundo en tres partes: un Primer Mundo capitalista, un Segundo Mundo socialista y un Tercer Mundo no determinado por su orientación económico-política, sino por su experiencia, que sería exclusivamente la del colonialismo. Según la lógica de Jameson, la literatura del Tercer Mundo, en la que evidentemente se incluye a todo Latinoamérica, es no canónica en esencia y solo capta el interés del cánón, dirigido por el primer mundo y analogable a la noción de mercado, en la medida en que de ella se pueden extraer ciertas nociones reglamentarias de la vida: "Ciertamente, nuestro deseo de simpatía por estos generalmente no modernos textos del Tercer Mundo, frecuentemente no es más que un disfraz de un miedo más profundo que tiene relación a la manera en que otras personas viven en otras partes del mundo" (Jameson, 1985, p. 66).

No es necesario detenerse en la "retórica de la otredad" que plantea y sostiene Jameson durante todo su texto. Ajaz Ahmad, en su obra *In theory* elabora largamente los asuntos más relevantes de la problemática en que se inscribe Jameson al no reconocer, por ejemplo, que la experiencia del colonialismo es dual (conquistadores y conquistados) y que, también, no es la única experiencia relevante de los países tercermundistas en base a la cual podrían definirse identitariamente.

La cuestión identitaria surge en el texto a raíz de una interesante aseveración por parte del autor: "Todos los textos tercermundistas son, quisiera señalar, alegóricos, y de una forma muy específica: deben ser leídos como lo que yo llamo *alegorías nacionales*" (Jameson, 1985, p. 69; traducción nuestra). La primera pregunta es elemental: ¿son todos los textos tercermundistas alegorías nacionales remitidas a nuestra experiencia de colonización? Ahmad señala, con marcado énfasis, que ese planteamiento solo es sustentable en la medida en que se reconozca la limitación del factor enunciativo. La "otredad" en Jameson es tan potente y misteriosa que le impediría, apunta Ahmad, comprender la literatura tercermundista más que desde el interés sesgado del cánón.

Llevando esto más allá, es pertinente reconocer que el intento de Jameson es el de productivizar una identidad territorial, en este caso tercermundista, abarcando casi tres continentes completos, a partir de una lectura situada en un marco que él mismo define como "otro". Así, se puede notar íntegramente el procedimiento señalado con anterioridad, según el cuál la literatura funciona más que una representación autónoma, como un producto de mercado lanzado al mundo, evaluado, categorizado y, en última instancia, utilizado.

No hay que olvidar, sin embargo, que lo que se pone en discusión es el factor de la identidad. Productivizar la literatura quiere decir productivizar la identidad y eso, ineludiblemente, nos lleva a la multideterminación de los enunciadores y los enunciados, pues no solo existe una intención de definición metatextual en la teoría de Jameson, sino que también plantea la utilización de un recurso igualmente ambiguo como es el de la alegoría.

La alegoría, en términos generales, ha mantenido desde siempre su carácter y definición tradicional: relación entre una imagen ilustrativa y un

sentido abstracto. La imagen ilustrativa serían los textos tercermundistas, el sentido abstracto la experiencia del colonialismo que desecha Ahmad por considerarla totalmente escasa a la hora de definir la identidad territorial del Tercer Mundo.

La alegoría, como recurso, presenta la ventaja de la neutralidad, en la medida que el enunciador queda borrado de la ecuación en donde solo se trabaja con referentes y sentidos. Sin embargo, se trata de un encubrimiento ficticio, pues la voz situada siempre será la encargada de establecer y explicitar las relaciones (a veces antojadizas), que pueden motivar una alegoría. Tal es el caso de Jameson, que pretende borrar constantemente la marca enunciativa de su lectura de Primer Mundo, intentando proponer una lectura que a todas luces pretende ser pluralista pero que ciertamente se identifica con un público objetivo limitado.

Para Ahmad esto está aún más claro, siendo capaz de asegurar que no porque para el Primer Mundo la experiencia colonialista haya sido de total importancia quiere decir que para el tercero también haya de prevalecer históricamente como un factor de autodeterminación irremediable. Existen nuevas experiencias determinantes, nuevos factores que el así llamado Primer Mundo desconoce porque forman parte de una historia otra, lejana, de la que solo se podrán enterar en la medida en que lean toda la literatura circundante en esos territorios y no solo la que llega traducida hasta el conglomerado capitalista.

De esta manera, podemos comprender cómo la productivización literaria puede producirse haciendo valer el recurso alegórico de forma maniquea. Sin embargo, no solo podemos encontrar esta relación al interior de discursos "otros", como asegura Ahmad, sino que también es necesario rastrear la misma experiencia de la alegoría en los territorios aludidos, pues ciertamente hablan de esas "experiencias nuevas y determinantes".

Cuando un territorio, un continente o un país recurre constantemente a temáticas similares, reiterando una y otra vez diferentes aspectos de una misma rutina, sin duda nos encontramos ante un tópico que forma parte o está empezando a conformarse como parte de la identidad territorial. En esos casos, las alegorías son inevitables, en la medida en que forman parte de procedimientos psíquicos culturales generalmente asociados a experiencias de dolor y trauma. Así, pues, las alegorías no solo pueden producirse en el plano más pragmático de la productivización a nivel de mercado como explicaciones "otras" de identidades misteriosas sino, también, como reformulaciones identitarias tan profundas como inabarcables que hablan de la fragmentación, la separación y la incomprensión de la propia historia personal y colectiva.

Una excelente aproximación a esta lectura que permite relacionar el recurso discursivo con el planteamiento psíquico inconsciente identitario es el que plantea Idelber Avelar en su texto *Alegorías de la derrota: La ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Para Avelar la herida constitutiva y definitoria a la que la alegoría apela constantemente es la de la experiencia de la dictadura. A diferencia de Jameson, no aventura una definición de carácter territorial; en cambio, mantiene la prospección psicológica del asunto, trasuntando la relevancia desde la experiencia de la otredad a la de la identidad a través del procedimiento del duelo en la literatura nacional.

Aún con sus diferencias, podemos detectar un factor en común entre los dos autores que tiene relación con la experiencia de dominación. Esto nos lleva

a pensar, efectivamente, quién posee a quién y de qué manera. La aproximación de Jameson nos habla de una otredad dominante, definitoria, capaz de formular taxonomías que permiten explicar el mundo desde una óptica capitalista. Se trata de una perpetuación del vínculo entre el Tercer y el Primer Mundo, una forma actualizada y literalizada de aplicar el colonialismo.

Avelar, por otra parte, entiende la alegoría como un recurso no de dominación, sino de mantención a través del tiempo de elementos traumáticos de la experiencia regional. No se trata de una otredad vista en términos territoriales, de “aquellos” que dominan a “estos”, sino, más bien, de una íntima otredad que pasa por un proceso de identificación trunco, no logrado de forma efectiva, que a su vez permite la existencia en la realidad literaria de símbolos carentes de sentido, inexplicables y, en última instancia, vacíos. El territorio no es el factor preponderante de dominación, sino el duelo inconcluso entre la historia y la identidad.

Para Avelar la alegoría se entiende como un “devenir-cripta”, en la medida en que solo es posible alegorizar aquello que ha quedado relegado al plano de lo pasado-muerto. Es un intento de recuperación frente a “toda mercancía [que] incorpora el pasado exclusivamente como totalidad anticuada que invitaría a una sustitución lisa, sin residuos” (Avelar, 2000, p. 13). Es el conocido mecanismo de mercado en donde todo se convierte en producto que tiene un momento de existencia y luego desaparece para ser reemplazado por otro mejor o más relevante.

En este plano, la alegoría permitiría la permanencia de elementos pasados pertenecientes al trauma en un presente mediante una actualización de su existencia anterior; en otras palabras, es una forma de “revivir a los muertos” y no dejar que estos se metamorfoseen en mercancías que pueden terminar vaciados completamente de sentido. Sin embargo, el problema que plantea este intento es el de la perpetuación eterna de experiencias percederas.

El acto psicopatológico de “revivir a los muertos” lleva a contemplar la experiencia identitaria como un constante hablar desde las heridas. Para Jameson la herida más poderosa está en la experiencia del colonialismo, para Ahmad en las pugnas inter-territoriales entre el mercado y la tradición y para Avelar, al menos para el caso de Chile y quizás para Latinoamérica, se trataría de las dictaduras. Sea cual sea el foco, lo interesante a tener en cuenta es la intencionalidad metatextual que se plantea sobre la actividad escritural.

Anteriormente calificamos como “productivización” el intento de socializar la literatura con los demás planos culturales, llevándola así a un estado medio entre obra de arte y producto de mercado. Ahora, sin embargo, al referirnos a la experiencia de la herida y a la mantención de esta mediante la alegoría, no ya en un plano de dominación cultural como el de Jameson, sino más bien de intento por construir la identidad, el aspecto de la productivización se convierte más en una sospecha que en una certeza.

¿Para quién son los muertos que convoca nuestra literatura? ¿A qué sector pretenden hablar con sus embalsamamientos? Dos posibilidades, al menos, se pueden desprender de estas dudas: o, y aquí efectivamente admitimos la posibilidad de una “alegoría nacional” según la entiende Jameson, nuestra literatura herida es una forma de manifestación identitaria irresuelta y melancólica, o sencillamente la producción latinoamericana busca insertarse en el cánón de mercado desde lo que esa otredad evanescente occidental – Primer Mundo, mercado, neoliberalismo capitalista – plantea que somos.

Sea que se trate de un proceso inconsciente de expresión identitaria o de una efectiva productivización mercantil, lo cierto es que es necesario un honesto acto de reconocimiento psíquico territorial. Para Avelar el asunto es claro: la herida se mantiene perpetuada en la medida en que el procedimiento de adaptación a la experiencia no ha sido completado de forma efectiva.

Manteniendo una nomenclatura psicoanalítica, el autor habla de dos posibilidades: duelo, como procedimiento “de superación de la pérdida” y melancolía como “identificación con el objeto perdido” (Avelar, 2000, p. 19). La primera posibilidad es lo que podríamos contemplar como una experiencia identitaria “sana”, en la medida en que la experiencia se asume, se sufre y se convierte, paulatinamente, en aprendizaje racional. La melancolía, en cambio, es lo que nos lleva a pensar en una identidad estancada, inmóvil en el tiempo, acabada en su propia definición. Se condice, de tal forma, con lo que la psicología llama “trauma psicosocial”, tanto en su génesis como en sus consecuencias.

Para la psicología, y en este plano con particular interés de la psicología social, la identidad nunca se estanca, a menos que se encuentre acomplejada o traumatizada, en cuyo caso nos encontramos con una identificación total que se mantiene más como un estatuto de ser que como una característica evolutiva del carácter, sea territorial o individual. La melancolía que nos plantea Avelar habla de lo mismo, y la alegoría en la literatura es, en realidad, un síntoma representativo de esta mantención malsana de experiencias traumáticas.

Por esta razón el autor mantiene en toda su obra la idea de que existe una “ficción postdictatorial”, en la medida en que la herencia de los sucesos, de la experiencia, poco a poco ha pasado a convertirse en un material “abandonado” de la realidad. El intento por alegorizarlos es un intento compensatorio frente al momento de censura, una forma de hablar y de restituir la verdad mediante la palabra, aún cuando esto sea imposible en términos prácticos.

El problema es que el tiempo ha pasado y los discursos han cambiado al igual que las generaciones. El traspaso de la experiencia ya no está libre de los exabruptos del cambio, pues contemplamos justo el proceso en que lo que antaño fue realidad, ahora comienza a ser desechado como parte de la historia de un territorio. El duelo ha quedado inconcluso, tal como lo plantea Avelar, en la medida en que en muy poco tiempo la experiencia traumática ha pasado a formar parte de las producciones de mercado. Para las nuevas generaciones las historias de la literatura, por muy dolidas que se presenten, no serán más que eso: ficciones; con suerte novelas o leyendas históricas.

Resulta necesario entonces detenernos en el proceso del duelo, en la forma de elaborarlo, pues se trata de un fantasma que determina siempre de forma patológica. Para Avelar el asunto está en la identificación con el objeto alegorizado, pero aún así es capaz de concederle a este objeto una categoría que parece irremediabilmente contradictoria: “el pasado es un tiempo *otro* que simplemente es un tiempo vacío” (Avelar, 2000, p. 13). Efectivamente, el aspecto insano de esta identificación es que se produce con un tiempo carente de significado, con un objeto vaciado de relevancia y llevado hasta “el basurero de la historia”. La equivalencia fantástica sería la de los sujetos de Poe, constantemente definidos en base a ausencias, cadáveres y personajes desaparecidos; condenados a vivir la vida pensando en la muerte.

Llevado hasta este nivel, la alegoría trasciende el plano meramente escritural para plantearse como un recurso psíquico inconsciente de la literatura, como una motivación traumatizada que nos habla de una experiencia identitaria tan incompleta como ficcionalizada a través de la idealización alegórica. No hablamos aquí de una herida cualquiera; se trata de *la* herida que define en su completitud cronotópica la existencia del territorio, sea Chile, Latinoamérica o el Tercer Mundo de Jameson.

Finalmente, es necesario volver sobre las dos nociones que delimitan esta sección del estudio. En primer lugar, ¿quiénes son esos “otros”? Como ya quedó establecido, efectivamente existe un factor de productivización literaria que se cruza constantemente con la idea de dominación por parte de un territorio sobre otro, sin embargo, parece mucho más relevante escrutar la propia experiencia territorial a la hora de hablar respecto a la identidad, pues está claro que a nivel consciente somos capaces de establecer nuestros propios paradigmas discursivos definitorios frente al mundo, tal como lo hace Ahmad a la hora de criticar a Jameson.

Resulta más relevante, entonces, comprender que los “otros” viven en nuestra propia historia y experiencia como ese tiempo vacío del que habla Avelar, como esa fantasmagoría inabarcable y ese duelo inconcluso. Son los espectros de la historia no asumidos los que poseen la literatura, alegorizados y resucitados como marcas identitarias confusas y ambiguas.

Queda claro que ya el término “poseer” ha trascendido su realidad exclusiva de dominación. No se trata de un asunto de poder en donde unos imponen sus visiones sobre otros, sino de un asunto de evolución psíquica, de sanidad. En última instancia, la posesión de estos “otros” se producirá más que como un atentado o un golpe funesto a la identidad, como un progresivo malestar inexplicable, como un íntima y profunda posesión de cuerpo y alma, si se desea, que no ha de ser procesada hasta que no se lleve a cabo un exorcismo de ese duelo omnipresente. Sin embargo, cuando ese duelo no es posible ni exorcizarlo ni procesarlo, nos encontramos ante un problema identitario complejo, que no solo limita a la literatura, sino que a la comunidad entera. Nos encontramos ante un trauma.

Así pues, los “otros” que nos poseen podrán ser detectados en la intencionalidad de la productivización literaria, de eso no cabe duda, pero en última instancia serán esos “otros” más oscuros y personales los que se verán alegorizados una y otra vez en la literatura latinoamericana, manteniendo el devenir-crypta del que habla Avelar hasta que sencillamente sean contemplados como cadáveres completamente prescindibles para el panorama epocal. Cuando llegue ese momento, si es que no ha llegado ya, se podrá constatar efectivamente el estado del duelo en la literatura continental. Recién en ese momento podremos decidir si es que se mantiene o se reniega del cuento de terror identitario del colonialismo y la ficción postdictatorial.

### Bibliografía

- AHMAD, Ajaz. “Jameson’s rethoric of Otherness and the “National Allegory”, *In Theory*. Londres, Verso, 1994.
- AVELAR, Idelber. *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago de Chile, Cuarto Propio, 2000.

- BRINKMANN, Beatriz. "Trauma psicosocial. La justicia es salud" en *Reflexión* #32, Colección CINTRAS, 2006.
- IGLESIAS, Margarita. "Trauma social y memoria colectiva" en *HAOL* #6, 2005. (pp. 169 -175)
- JAMESON, Frederic. "Third-World Literature in the Era of Multinational Capitalism" en *New Political Science* #15, 1985.
- MADARIAGA, Carlos. "Tortura y trauma psicosocial", *Consecuencias de la tortura en la Salud de la Población Chilena: Desafíos del presente*. Santiago de Chile: Ministerio de Salud, Gobierno de Chile, 2001.
- MADARIAGA, Carlos. "La prevención de la tortura como problema de salud pública" en *Revista de Psiquiatría* #16, 1999.
- MARTÍN-BARÓ, Ignacio. "La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador", *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. San Salvador, UCA Editores, 1990.

**Gabriel Alejandro Saldías Rossel**

Licenciado en Letras Hispánicas, Magíster en Literatura y Diplomado en Psicología Analítica. Pontificia Universidad Católica de Chile.  
Contacto: gasaldia@uc.cl